

MARTÍN Luis Guzmán narra en este libro escenas de la Revolución Mexicana de 1913. Magníficas escenas de sangre y de estoicismo, que dicen la fe heroica y regeneradora de todo un pueblo. *El águila y la serpiente* es un libro ejemplar, porque enseña el desprecio de la vida y la obligación de ponerla en riesgo frente a las tiranías. La Revolución Mexicana, con su vaho de sangre, es, sin embargo, un ejemplo—el más alto—para los pueblos de la América Latina.—*Ramón del Valle Inclán.*

«La verdad padece, pero no perece». Hoy la vindica y la impone un testigo probo, arrojando así al basurero toda la literatura de propaganda que el Hambre ha fabricado mercenariamente para el Desprestigio. Martín Luis Guzmán conoce palmo a palmo la Revolución. Ha visto al tigre en la selva, a la hiena en el sótano y al cerdo en su opulenta fetidez. Pasan también por estas páginas algunos seres humanos: sentimos palpitaciones de vida generosa. No todos los amores del autor son mis amores, ni todos sus odios son mis odios. Pero en la divergencia nos une la sinceridad. Con la que él me reconoce, le aplaudo y digo que estas páginas rutilantes son una adquisición definitiva para la historia de nuestra martirizada patria.—*Carlos Pereyra.*

Basta leer un capítulo de este libro, de abundante lectura, con el material ordinario de tres volúmenes en sus cuatrocientas páginas de apretada composición, para entregarse apasionadamente al asunto, para seguir paso a paso al escritor, que nos pinta en cuadros reveladores al México revolucionario de Pancho Villa.—El lector avisado no dejará de ver en la evocación de México suscitada por estas páginas algo más que un fondo del escenario en que pelean hombres que a veces no tienen más empleo que el de matar o morir, y ambas cosas saben hacerlas bien. No es paisaje, sino personaje verdadero, «agonista»—en la cabal expresión del vocablo—, este trozo de tierra americana, pintado aquí con mano segura, guiada por unos ojos claros y certeros en el mirar, aunque a menudo la emoción los empañe. Martín Luis Guzmán, espíritu combativo, ánimo templado en la contradicción, y sobre todo, hombre entre hombres, ha sacado de su experiencia personal el tejido de sus relatos. Lo que le caracteriza y avalora como escritor es el tacto con que ha sabido no envolver la verdad en llamativos ropajes de fantasía, sino más bien desnudarlos de toda compostura que no sea la que forma precisamente el arte del buen narrador con tema de sobra a la mano: el despojo de todo accesorio, el empeño en evitar desarrollos inútiles, embellecimiento de frase; cuanto, en una palabra, suele llamarse «literatura», cabalmente porque no lo es.—De todos los caminos de la novela que tiene por fondo la verdad humana, el escritor ha seguido aquí el que aproxima el relato o cuento a lo que hoy se suele denominar «cosa vista». No podía ser de otra suerte, ya que ha elegido para su composición, en vez de la forma de memorias, esta otra, que pertenece en todo al arte narrativo y aun a la literatura de imaginación. Pero su imaginación se ejerce más que en los hechos y en el encadenamiento de los mismos, en las circunstancias susceptibles de crearlos en lo escrito con vida nueva, de hacerlos palpables, lógicos, derivados naturalmente de la naturaleza de aquellos que los ejecutan, haciéndonos ver las dos partes del juego: los actos como expresión natural de los personajes, y a los personajes mismos a la luz de los actos que los expresan.—Pasma el acento de fidelidad a los hechos; de verdad, parcial si se quiere, en la pintura,

Algunas opiniones de la crítica española acerca de *El águila y la serpiente*



Martín Luis Guzmán
(Caricatura de Bagaría)

en el parecido, en la expresión de los hombres, de sus batallas y escaramuzas, de sus amistades y sus odios. Pasma la riqueza del asunto, que llega a explicarse teniendo presente la profundidad de la crisis nacional, en que todos los valores aparecen puestos a prueba y obligados a dar la máxima vibración humana.—Tal vez se compare el arte de narrador de Martín Luis Guzmán con el de los novelistas eslavos. Es muy difícil discernir entre lo que se parece por el asunto y lo que se parece por la manera. En la manera encuentro yo a este escritor muy distinto de aquéllos. Está siempre muy sobre sí, vigilante para que nada desvirtúe la fuerza de lo que quiere expresar. Conoce a sus hombres y a su tierra. Sabría ser elocuente con las palabras, y se le ve concentrar su elocuencia en la exactitud del término, preferir un giro ordinario a un rebuscamiento. Se le siente poseído de su tema, persuadido de la grandeza bárbara de sus escenas de matanza y de odio, hasta cuando pasa, animándolas, una sonrisa, buen medidor de la magnitud de sus personajes, en los que ve, hasta cuando hacen de monstruos, un temblor de humanidad. Con todo, su libro, severo, grave, desgarrador, se apodera de los ánimos y los mueve, como las tragedias antiguas, a una piedad serena.—*E. Díez-Canedo.*

El libro del escritor y político mejicano D. Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, junta a la gravedad y emoción de la historia, el atractivo de la novela. Valiéndose de uno de aquellos viejos y honrados títulos que pretendían ingenuamente expresar el contenido del libro, se habría podido titular «Escenas de la revolución mejicana contadas por un testigo». Testigo y actor, con lo cual se supone que el testimonio no ofrecerá la objetividad e imparcialidad de un testigo puro que tuviese en los sucesos otros intereses ni afectos que los de orden general humano.—Mas ese testigo desinteresado quizá no penetraría en el meollo de los acontecimientos como el testigo actor: aquél es espectador, está a la parte de fuera; éste está dentro de los acontecimientos, es parte o partícula de la historia que cuenta. Estos libros no se han de leer como

historia imparcial. No pueden serlo. Son documentos psicológicos y materiales para la historia futura.—Con estas forzosas limitaciones, creo que el libro de D. Martín Luis Guzmán expresa muy bien el verdadero drama de la revolución mejicana, que está en la necesaria oposición entre dos tipos y dos significaciones: pongamos Vasconcelos y Pancho Villa; el intelectual que quiere hacer una obra de cultura y de derecho, y el caudillo de los montoneros, que, como los condottieros de antaño, quiere cobrarse el triunfo y no está dispuesto a someterse a los «licenciados», a los hombres de Derecho que pretenden establecer un régimen jurídico.—El señor Guzmán es un excelente escritor. Sobresale su cálida prosa en los retratos y en las escenas patéticas. La galería de personajes de la revolución, desde don Venustiano Carranza hasta Pancho Villa, tiene un vigor y un colorido notables en las imágenes. No conociendo las personas, no puedo decir si son o no parecidos los retratos; pero son artísticos y evocadores. Sobresalen también en estos cuadros de la revolución mejicana algunos paisajes de fina factura, que acusan el temperamento artístico del observador. Conservaba éste en medio de aquel ardiente dinamismo, entre peligros y horrores, cierta aguda visión de la belleza que ha proporcionado a su libro pasajes descriptivos de primer orden. En conjunto, y con las salvedades apuntadas al principio, *El águila y la serpiente* es el más artístico de los libros que he leído acerca de la revolución de Méjico; libro escrito sin amaneramientos, con feliz fluencia de estilo, y que no me sorprendería que mereciera los honores de la traducción a otros idiomas.—*Andrenio.*

¡Gran libro el de Martín Luis Guzmán! Supongamos que en las páginas de *El águila y la serpiente* no hubiera una sola nota autobiográfica. Seguiría siendo un gran libro. Ya sé que supondríamos lo imposible, pues todo este relato de la revolución mejicana es de revolucionario que vive pendiente de ella, que ni una sola hora deja de temer o esperar algo del sesgo que tomen los acontecimientos. Pero Guzmán demuestra aquí fuerza bastante para trascender el drama de su pueblo fuera y por encima de la propia situación personal. Cuando se mete en la boca del lobo, para salvarse con un golpe de audacia presentándose a Pancho Villa, Guzmán informa al general. «Le relaté cuanto había pasado... como hubiera podido verse desde fuera, como si hubiese sido yo mero espectador de los sucesos...» Esta cualidad es siempre prodigiosa, y el prodigio no lo realiza sino un gran narrador. Lo que ahora se llama un novelista. Saber voltear los sucesos para elegir a conciencia la perspectiva. Ir sacando fuera los hombres, en parada, en maniobras y en campaña. El tema de Méjico es grande. Tiene igual sugestión, en distinta medida, que el tema de Rusia. Para nosotros, además, ofrece el supremo atractivo de darnos réplicas de tipos nuestros—más o menos lejanos—. Pues bien; todo ello, para mí, ofrece menos interés que el drama íntimo del narrador, y sobre las sensaciones estéticas pongo la inquietud del hombre de acción. A lo largo del frondoso y magnífico relato veo al patriota y al revolucionario. Creo haber descubierto su sentimiento más íntimo. Hay en él un transporte de valores: Patria, Revolución. Salvar la Revolución es salvar la Patria.—*Luis Bello.*

Martín Luis Guzmán nos habla en su libro *El águila y la serpiente* de la revolución mejicana.—Martín Luis Guzmán, político y escritor, ha vivido los sucesos que relata. El libro es excelente. Tiene gesto: la fisonomía un poco dura y escrutadora de